

*For characters and scenario:* 'Star Trek: Voyager' is a registered trademark of **Paramount Pictures**. I intend no copyright infringement. This is a fanfiction story and no commercial use is made of it.

*For the original parts:* Copyright © by Simon Brenncke 2013. All rights reserved.

<http://simonbrenncke-stories.1x.de/SafeCreativeCertificate%20for%20La%20Prueba%20Tercera%20Parte.pdf>

## Star Trek Voyager

### La Prueba

#### Tercera Parte

## 1

La vigilancia de la sección acerca de la ex-borg había todavía aumentado. El equipo psicológico casi pasaba desapercibido para la tripulación, pero aun así, efectuaba sin cesar sus exámenes secretos, estudiando cada movimiento de Seven, recogiendo cada palabra que salía de su boca y analizándola como los científicos solían examinar una prueba material bajo un microscopio. Para Seven era imposible hallarse en ninguna parte sin que los psicológicos viniesen y la observasen con sus miradas de reojo. Para Seven también no cabía duda que todo este sitio impertinente se llevaba a cabo con el consentimiento total del capitán y del almirante. Desde luego, incluso sin los hombres de la sección rodeándola, las cámaras de la nave grababan todos sus actos.

Pero ahora no permitiría más que todos jugasen así con ella. Ahora, tocaba a ella de tomar la iniciativa, de lanzarse al contraataque, de burlarse de la vigilancia constante y de manifestarse como la maestra verdadera de este juego. Los humanos debían ser forzados a reconocer la inferioridad de sus planes.

Seven avanzaba sigilosamente por los corredores que conocía tan bien, que habían sido su hogar durante años, que todavía eran su hogar.

Pero nunca había andado en esta nave como lo hacía ahora. Mediaba cada paso. Los músculos de su cuerpo estaban tan contraídos como si iban a desgarrarse. Hacía cada movimiento con suma cautela. Sus pasos, aunque apenas audibles, resonaban en su cabeza dolorida.

Algunas dudas se introducían en su espíritu y, a veces, ahogaban sus pensamientos. Pero ya era demasiado tarde para regresar. Seven tenía la impresión de planear sobre si mismo, observándose desde el techo de los pasillos, persiguiéndose a través de la red intrincada de los corredores más aislados de la Voyager. Por momentos ni siquiera estaba consciente adonde se dirigía. Se observaba con los ojos de una niña curiosa, miraba con asombro a esta mujer alta, bella y peligrosa que andaba por esta nave como un animal de presa, sin hacer ningún ruido, solo dejando huellas fugitivas de su presencia.

Sentía como esta separación entre ella y la mujer crecía, como la diferencia se acentuaba a cada instante.

Esa mujer, ¿era posible que fuese ella misma? Parecía demasiado inverosímil. ¿Qué quería hacer? ¿Tenía la intención de dañar la nave?

Seven estaba convencida de que esa mujer conocía la nave completamente, que no recelaba ningún secreto para ella. Los pasillos por los cuales tomaba se hallaban al margen de los caminos

principales. Conocía todos los pasadizos por los cuales los centinelas caminarían esta noche, a pesar de que sus rondas cambiaban frecuentemente, sin aviso, según un modelo irregular. Rial Elbrun demostraba una vigilancia exagerada, ansioso de mostrarse a la altura del encargo de jefe de seguridad. Pero aun así su vigilancia no era suficiente para contrarrestar la voluntad de Seven of Nine.

Ella conocía todas las posiciones de las cámaras en su camino cautelosamente trazado. Guardaba en la memoria todos los ángulos ciegos de las cámaras y además había manipulado de antemano ellos que no podía evitar.

Ya horas antes se había asegurado que los programas de seguridad no se fijasen en sus parámetros biológicos. Le había costado mucho trabajo, engañar primero a Elbrun y después a B'Elanna para obtener acceso a los paneles y programas necesarios – había sido particularmente difícil esquivar las indagaciones de Tuvok, quien siempre había aparecido en los momentos más críticos. El vulcaniano poseía una cualidad verdaderamente diabólica para duplicarse, para hallarse al mismo instante en dos lugares diferentes. Pero, finalmente, ella había obrado con mas astucia que el primer oficial, había desbaratado sus maquinaciones.

Sí, Annika estaba segura de que esa mujer había cumplido con todos los objetivos que había concebido. ¿Sería capaz de realizar el plan que seguía ahora? Era muy probable.

La mujer Seven se paró delante de una puerta. Pulsó unos botones en un panel al lado. El metal se deslizó delante de ella.

Y ella tuvo un sobresalto brutal.

El rostro de Tuvok apareció dentro de unas sombras amenazadoras. Los ojos del vulcaniano se encendieron como relámpagos, inquietos y chispeantes. Un terremoto pareció agitar todas las facciones de su rostro. Parecía que el alma le quemaba el corazón y brotaba afuera.

Evidentemente, Seven, de todas las cosas en el mundo, nunca se había imaginado cruzarse a solas con el primer oficial, escondido en las tinieblas del lugar que había querido alcanzar.

Se sintió como si hubiese chocado contra una pared. Juzgando por su cara se habría creído que todos sus preparativos habían sido en vano porque se había olvidado de introducir un solo número en la ecuación. En consecuencia, el resultado era completamente diferente de lo previsto.

La voz de Tuvok salió como una voz de la tumba, de una caverna sin fondo. “¿Qué hace aquí, Seven? Sería aconsejable que tenga una buena explicación. Porque debo presumir que es una traidora, una espía de los borg. Hágame el favor de justificarse.”

El cuerpo de Seven sufría estremecimientos violentos que se aumentaban de segundo a segundo.

En este instante, ¿qué hacía la pequeña Annika, dónde se hallaba? ¿Estaba todavía en su puesto de observación, rebosaba todavía de admiración por ese modelo de voluntad y de determinación que se había dirigido como una máquina a esta puerta?

No, la pequeña Annika no estaba más alejada de los sucesos, observándolos tranquilamente. Había sido arrastrada de su puesto, había sido encerrada junta con esa voluntad de acero dentro de ese cuerpo de acero. Y ella sobraba en ese cuerpo, no encontraba el espacio necesario para respirar.

La voluntad de acero trató de ahogar a la pequeña Annika, pero la vida joven no se dejó aplastar sin resistencia. El principio mismo de la vida se rebelaba en ella y luchaba como una fiera loca.

¿Pero bastaría esta fuerza para detener la energía violenta que oprimía a Annika? ¿No era la borg Seven of Nine demasiado peligrosa, fuerte y tenaz? ¿No era inevitable que Seven, al fin y al cabo, venciese la resistencia valerosa de la jovencita?

El temblor de Seven acrecía, tal como se hallase en el centro de un terremoto.

Los ojos de Tuvok continuaban a echar lumbre. Se concentró en su adversaria como un rayo del

cielo concentrado en una sola explosión devastadora. Pues en este momento, ella no era para él la Seven que conocía. Al contrario, era una persona completamente diferente.

Pero Tuvok se había arriesgado para ella, había venido solo, no había avisado a nadie, ni siquiera al capitán, a pesar de su obligación de reportarle todos los acontecimientos importantes. Había concedido a Seven el favor personal de dudar incluso de su propio criterio. En cierto modo, estaba más enfadado con sí mismo que con esta nueva enemiga que había surgido dentro del cuerpo de su antigua amiga.

“¿Ha creído que puede engañarme?” profirió Tuvok en voz ronca. “¿Ha creído que no me doy cuenta de sus tentativas de romper las barreras de seguridad de la computadora central?”

Pero Seven no lo contestó, estaba paralizada. Conmociones violentas atravesaban su cuerpo como ondas de choque. Tuvok advirtió que llevaba su phaser al cinturón. La mano de Seven se paró en sus movimientos convulsivos y se acercó al phaser, pero todavía no lo tocó. Tuvok estaba dispuesto a arrojarse sobre ella, en caso de necesidad.

Repentinamente cesaron sus estremecimientos. ¿Qué había ocurrido? ¿La pequeña Annika había sucumbido, el principio de la vida había sido derrotado? ¿O había reivindicado su derecho a la existencia dentro del cuerpo de esta mujer alta y esbelta?

Ella abrió los labios; las primeras palabras que salieron fueron algo temblorosas: “No puedo...” Ya se ahogó.

“¿Qué?” repuso Tuvok con una severidad amenazadora.

Seven reunió todo su control sobre sí misma. Finalmente, dijo en voz quebrantada: “No puedo darle explicaciones. Lo siento, pero, en este caso, es necesario que confíe en mí.”

Tuvok alzó el mentón y la miró de arriba abajo. “Me incumbe de informar inmediatamente al capitán de su paseo nocturno.”

Sus hombros se movieron como si ella suprimiese grandes suspiros. “Tuvok, no voy a engañarlo. Tiene razón: ya le he engañado demasiado. Ambos sabemos que no he hecho nada que contravenga ninguna ley. Aunque...”

Tuvok le cortó la palabra: “Ha infringido las reglamentarias desde el momento que se ha atrevido a entrar aquí.”

“Sí,” concedió Seven, todavía vacilando sobre sus pies. “Y no diré que no había intentado entrar por aquí. Estoy consciente que usted me ha hecho un gran favor en no instalar aquí Elbrun y su equipo.”

Tuvok la escrutaba sin desplegar los labios. Pero, por un breve instante, el fulgor duro de sus ojos pareció atenuarse.

Seven continuó: “Hay nada con que pudiera justificarme. Sólo puedo pedirle confiar en mí.”

Por algún tiempo, Tuvok no contestó. Sus ojos estaban clavados en Seven. Finalmente, preguntó con una voz rara, casi sofocada: “¿Qué quiere que haga, Seven?”

Pero estaba claro que no preguntaba para encontrar una respuesta, sino para ventilar su exasperación. Pese a todas las apariencias, su espíritu se bloqueaba contra la posibilidad que Seven pudiese realmente ser una traidora.

Seven, triste, sacudió la cabeza. “No estoy en ninguna posición para dar consejos. Haga lo conforme a su consciencia. Sólo le ruego que confíe en mí.”

Esta vez, fue Tuvok quien bajó la mirada. “Tal vez es pedir demasiado,” susurró.

Seven no contestó nada, porque no había nada que contestar. Giró sobre sus talones y se alejó lentamente del objetivo que no había conseguido.

¿Pero qué había pasado con la pequeña Annika? ¿Había afirmado su derecho a la existencia

contra la voluntad sin compasión de la máquina? ¿O acaso Seven proseguía todavía el objetivo que la había impulsado a quitar sus cuartos en la mitad de la noche e ir de puntillas en los corredores de la nave como un saboteador?

## 2

La observación de Seven por los miembros de la sección continuaba. Mientras tanto se perseguían las preparaciones de la Flota Estelar para aumentar las defensas dentro del Cuadrante Alpha contra la amenaza inesperada de la armada borg. La armada, sin embargo, quedaba todavía tranquilamente en el yermo, estacionada con sus cubos y naves de guerra en los claros que parecían haber aparecido juntos con los borg. Los especialistas de la Federación no podían explicarse la llegada repentina de los borg al yermo, ni el fenómeno de los claros. Fuera como fuera, la Voyager se aprovechaba también de los claros para mantener su presencia en el yermo. La Voyager, con la ayuda de las sondas de la Flota, hacía numerosas incursiones para mejorar la estimación de la capacidad militar de esos borg. Descubrían casi a cada hora nuevos detalles inquietantes. La armada borg parecía poseer una capacidad militar casi inagotable.

Para el almirante Bowers y sus amigos en el Alto Mando apremiaba la hora de actuar. Rumores daban a entender que el grupo de Stoner estaba a punto de manifestarse con un golpe preventivo contra los borg, un golpe que no podía ser sino inmaduro y que por cierto daría término a la actitud pacífica de los borg.

De esto modo, los preparativos de la sección y de la Voyager para infiltrar el cubo madre se llevaron a cabo con rapidez y con resolución.

Mientras tanto el equipo psicológico de Vaught escribía un informe tras el otro, llenos de detalles y parámetros que dejaban Janeway asombrada, pero que no explicaban casi nada.

Así recibió con alivio una otra llamada de Vaught.

“Finalmente alguien me puede explicar esto.” Alzó el último informe al ojo de la cámara. “No me cabe duda que todo lo contenga es sumamente interesante. Pero antes que yo lo devore, quizás podría indicarme la parte más pertinente.”

Vaught esbozó una sonrisa que se asemejaba más bien a una mueca. “De acuerdo, almirante, resumiré el informe. Al principio hemos creído que con estudiar Seven, podríamos encontrar unos signos que nos ayuden a detectar la influencia de los borg cuando han infiltrado una mente. En efecto, hemos descubierto muchos datos útiles. Pero al presente los signos han cambiado. Tenemos la impresión que...” Se detuvo, como si debiese reflexionar una vez más antes de pronunciarse sobre el asunto.

Janeway, picada su curiosidad, lo instó a continuar. “¿Sí? Soy todo oídos.”

“Tenemos la impresión que se comporta como si viviese un conflicto de lealtad – o digamos como si ya hubiese superado un tal conflicto.”

“¿Ah, de verdad?” dijo Janeway y de repente sus ojos brillaron. “Yo deseaba que esto sucediera.”

“Sí, es importante para usted, pero mucho menos importante para nosotros. Creo que Seven es un caso muy particular, si no único. Debido a su antigua asociación con los borg, no es más débil que nosotros, pero, al contrario, más fuerte, porque se ha disociado del colectivo por su propia resolución.”

“Pero sustrayendo los elementos únicos a su caso pueden considerarla como un modelo...”,

propuso Janeway, encogiéndose de hombros.

“Sí, lo hemos hecho, y cierto es que el estudio de Seven nos ha proporcionado unos resultados inapreciables que no se pueden comprar con dinero. Pero el resultado es sumamente diferente de lo que esperábamos. La tecnología borg es demasiado avanzada para que pudiéramos disponer de criterios diagnósticos suficientes para detectarla. El estudio de Seven nos ha dado unos parámetros psicológicos importantes, pero me pregunto cuál será su utilidad práctica. ¿Seremos capaces de lograr que la gente que ha sido infectada por los borg se convierta de nuevo a los intereses de la Federación?” Era evidente que se trataba del tema predilecto de Vaught. Mientras hablaba, sus mejillas se encendían. Un resplandor pasó por sus ojos oscurecidos, pero no fue una chispa que haría brotar la luz. Se asemejaba más bien a un relámpago que ilumina el cielo por un instante, para después dejar atrás una noche aun más profunda, aun más opresiva.

Janeway, de todos modos, no quiso adentrarse en las circunvoluciones de este tema. Se echó atrás en su sillón y respiró hondamente. “Ahora la cuestión palpitante es la siguiente: ¿Qué debemos hacer con Seven?” Señaló otra vez el grueso informe con sus dedos.

“Nada. Si la evaluación de mi equipo es justa, ella ya ha superado sus problemas.” Vaught se frotó el mentón. “De verdad, mis pensamientos van mas allá de la simple afirmación que ella no presenta más un peligro. Diría incluso que ella será una columna central en nuestra estructura defensiva contra los borg. Tal vez Seven será la clave para descifrar el misterio de cómo acabar con los borg.”

La sorpresa asomó en la cara de Janeway. “Viniendo de usted, esto me parece una novedad. Después de todo, fue usted quien nos empujó a recrudescer las medidas de seguridad alrededor de Seven.”

“Sí, pero créame, la Seven después de este trance es una Seven muy diferente. Ha pasado por una especie de prueba y me parece que ha salido mucho más fuerte que podemos figurarnos.” Habló con una nota de confianza bastante pronunciada.

Janeway se quedó un rato pensativa. Después, asintió con la cabeza. “¿Así ella formará parte de la segunda misión?”

“Sí. El mismo equipo que antes intentará infiltrar el gran cubo. Pero es más protegido que el otro. Sin embargo...” Vaught se detuvo.

“¿Sin embargo, ustedes han dado con algunos huecos en los sistemas de defensa que los han dejado perplejos, como antes?” Kathryn buscó el contacto directo con sus ojos, como si quisiera sacarle toda la verdad.

Vaught parecía inseguro, lo que no sucedía sino contadas veces. “Sí. Uno diría que nos someten también a una prueba. Hallar los fallos en sus sistemas ha sido un trabajo agotador, pero aun así...” Tragó saliva. “No se trata más que de un sentimiento, una intuición, pero algunos entre nosotros sospechamos que nunca habríamos descubierto los fallos si esos borg no lo hubiesen permitido.”

Todavía Janeway afectó el escepticismo ante una tal teoría. “Pero no se parece a una trampa. La primera vez, la teoría era tal vez discutible, pero ahora que su manipulación de Seven no ha tenido éxito, esos borg no pueden contar con que enviemos Seven otra vez en sus brazos.”

Vaught prefirió callarse sobre las ideas de la sección al respecto. Cambió el tema. “Sea como sea, mañana embarcaré a bordo de la Voyager y comenzaremos el asalto del gran cubo. Hasta mañana, almirante. Vaught fuera.”

La pantalla enfrente de Janeway se apagó. Una superficie negra le devolvió la reflexión de su cara. Era una cara más preocupada que no había dejado vislumbrar delante de Vaught. “Espero que los hombres de la sección estén a la altura de la situación.” Suprimió un bostezo y se dirigió lentamente a su cama, donde Chakotay se reuniría con ella dentro de poco.

En sus aposentos, Seven estaba entregada a su ciclo de regeneración, de pie sobre la plataforma de la unidad, los ojos cerrados. Pero esta vez, su regeneración fue interrumpida por imágenes oníricas. Se abrían camino en su mente y estorbaban su descanso. Al principio, las imágenes eran

bastante confusas, fragmentos de visiones indistintas que no formaban un sentido preciso. El espíritu de Seven trataba de ponerlas en una secuencia lógica, pero se cansaba del esfuerzo sin hallar éxito.

Una vez la energía de su mente ahogada, una oleada de otras imágenes hizo irrupción. Esta vez no eran más disformes, pero, al contrario, muy nítidas. Sus padres, la última vez que ella puso los ojos en ellos; el rostro de su amante entre los borg rebeldes, Axum, y su despedida en la Unimatrix Cero; los ojos escrutadores de Kathryn Janeway, cuando Seven fue recibido como enlace a bordo de la Voyager; y muchas otras escenas de su pasado. Maravillada, las veía desfilar delante de sí.

Entonces, bruscamente, estos vestigios de su vida se borraron. Una negrura absoluta reemplazó el desfile colorido. Seven no veía nada más, ni escuchaba nada más. La vida misma parecía haberse extinguido.

Pero luego se estremeció. No se hallaba sola en esta noche sin luces, una otra presencia apareció. Fue una voz clara y alta que dijo: “Seven of Nine. ¿O debo más bien llamarte Annika? ¿Quién eres?”

Alarmada, Seven replicó: “Soy una oficial leal de la Flota Estelar.”

Una carcajada acogió sus palabras. Después, la voz dijo: “Bien respondido. Ahora tú no tienes más dudas sobre tu identidad, ¿no es cierto? ¿Has resuelto tu conflicto? No pienses que no hubiésemos percibido tu lucha. ¿Y crees que has vencido? ¿Crees que, una vez por todas, las dudas se han disipado?”

La voluntad de Seven no vaciló; su espíritu estaba cerrado contra toda tentativa de infiltración. Después del último ataque de los borg sobre su control individual, sus resoluciones se habían fortificado. No cedería más a la fuerza ajena.

Pero la voz no intentaba la ofensiva psíquica. Seven tuvo un mareo de confusión al momento de darse cuenta que la voz llamaba a su libre albedrío y le pedía tomar una decisión individual. ¿Pero acerca de qué era preciso que Seven se decidiera?

La voz hablaba mucho incluso sin palabras, pero cuando se cristalizó de nuevo en sonidos distintos, dijo: “¿No te preguntas quién soy? Soy la reina de los borg que han solicitado comunicarse contigo. Por mucho que nos pese, hasta ahora, la Federación ignora nuestro deseo de verte aquí, ante mí, y de abrir negociaciones con la Federación por medio tuyo.”

“Los borg no negocian,” constató Seven.

“Y dime, ¿quiénes son los borg? ¿Acaso somos todos los mismos?”

Seven se calló; con este silencio casi reconoció la dificultad de dar una respuesta nítida. Quizás para distraerse de su propia incertidumbre, afirmó: “Es imposible que seas una reina. Conocí a una reina, sus pensamientos, su espíritu.” El recuerdo hizo estremecer su cuerpo, todavía conectado a la unidad de regeneración.

El comentario de Seven provocó solamente una otra carcajada. “Te engañas, y sabes poco de nosotros. Desde que has abandonado el colectivo, cambios importantes han sobrevenido. Una revolución se prepara.” Pero la voz no añadió nada más, como si recelara revelar detalles a un miembro de la Flota.

Seven, por su parte, no preguntó nada más. Solamente deseaba que la voz terminase, que la noche se aclarase, que pudiese regresar con su espíritu a sus aposentos. Pero, aun siendo Seven la dueña de las barreras de su mente, la voz podía mandar que se quedase. De este modo, la ex-borg escuchó también las últimas palabras de la voz: “No hace falta que te invitemos otra vez; vendrás aquí, infaliblemente. Es tu destino de enfrentarme y de escoger tu camino. Pues sabemos, tú y yo, que no perteneces aún, con toda seguridad, a tu querida Flota Estelar. Ahora temes todavía si lo que te ha pasado no se repetirá, algún día. Y ese día, un señor Tuvok no estará allí para rescatarte.”

El corazón de Seven recibió una puñalada. La voz de la reina la hirió donde era lo más vulnerable. El velo de la negrura se levantó; la presencia de la voz se esfumó.

Seven abrió los párpados de golpe. Sus pupilas estaban ensanchadas y las arterias en su frente



latían incontroladamente.

Apenas regresado a bordo de la Voyager, Vaught buscó a Seven y dio a entender que quería tener una conversación privada con ella. En cuanto se hallaron a solas, le explicó su deseo de implicarla estrechamente en los esfuerzos para contrarrestar la amenaza borg.

“Hemos hesitado mucho antes de dirigirnos a usted.” Vaught lo pasó bajo silencio, pero estuvo demasiado claro lo que pensó: 'Teníamos nuestras dudas acerca de su lealtad.'

Pero Seven no encontró su sugerencia injusta. En fin de cuentas, había faltado poco que cayese bayo la influencia de los borg. Si Tuvok no la hubiese confrontado en un momento decisivo, dudaba todavía si habría logrado romper el control que los borg habían empezado a ejercer sobre su espíritu.

“Sí,” replicó. “Estoy dispuesta a ayudarlos. ¿Qué debo hacer?”

Vaught la miró con una expresión resuelta. “Como sabe, según el plan nos introducimos de nuevo en el cubo, esta vez en el cubo madre, el mayor. Queremos que se junte de nuevo a la compañía.”

Escuchando el propósito, Seven parpadeó. Hubo un instante de silencio, durante el cual Vaught la estudiaba detenidamente.

La voz que había escuchado en su sueño se levantó de nuevo en su cabeza, con los ecos de la memoria. Al instante de despertar había sabido que la voz era una realidad. Pero no había osado hablar de la experiencia a nadie. Pues la habrían interrogado sobre lo que la voz le había dicho. Habrían aprendido que la voz se hacía pasar por una reina borg. Y ahora que la confianza en ella se había restablecido con dificultad, ¿cómo se atrevería a ponerla otra vez en peligro?

Finalmente Seven respondió a Vaught: “Sí, estoy de acuerdo. También estoy consciente que el riesgo que la misión implica es una muestra de su confianza en mí. Si sería del lado de los borg, a bordo del cubo podría transmitir informaciones bastante secretas.”

Vaught le echó una mirada furtiva. “Pienso que, si usted jamás hubiera estado realmente bajo la influencia de los borg, ya habría hecho el daño irreparable, ya habría transmitido las informaciones críticas.” Se frotó los ojos, como solía hacer desde los últimos días.

Seven asintió y sus rasgos se endurecieron más aun que de costumbre. “Cuenten conmigo, pase lo que pase.”

“Gracias,” dijo Vaught, recobrando su aspecto impassible. “Voy a transmitirle en seguida las instrucciones.”

### 3

El grupo fue el mismo que la primera vez que habían infiltrado el cubo borg. Tuvok y Kim dirigían la Delta Flyer por su rumbo complicado, engañando los escáners del cubo para asegurar el funcionamiento del sistema de camuflaje de la lanzadera. Vaught miraba por turnos las pantallas tácticas por encima de las espaldas de los dos otros hombres. Cuando no hacía esto, daba las vueltas en el espacio restringido de la lanzadera. Jamás los otros se hubiesen imaginado encontrar este agente de ordinario frío et calculador tan excitado, con los nervios de punta. Tuvok, naturalmente, era la serenidad misma, pero Harry Kim estaba afectada de la actitud nerviosa de Vaught. Le daba a pensar que el plan que perseguían, y que había sido elaborado ante todo por Vaught y sus agentes, implicaba mucho más riesgos que la sección 31 no había sido dispuesto a reconocer delante de sí misma y de los demás. Pero si tal era la verdad, ya no quedaba tiempo para cambiar el plan. Además, calmaba un tanto a Kim la convicción que el amor propio de Vaught, el interés por su propia vida, no le permitiría lanzarse en una acción que no prometiese el éxito.

Al menos, hasta ahora, el plan realmente había tenido éxito. Con los datos que Vaught y Tuvok habían obtenido del primer cubo se había compuesto un mapa del cubo principal, del cubo gigantesco. Sabían cómo llegar a la sala de la computadora central. De este sitio, donde todos los nudos de información se cruzaban, su sabotaje podría alcanzar todos los sistemas de la armada. Según los modelos de la sección 31 y de los ingenieros de la Federación, sería un desastre total para la tecnología de los cubos y los dejaría casi inmovilizados. De esta manera - Kim pensó con una sonrisa algo feroz - la Federación estaría en una posición mucho más ventajosa para entrar en negociaciones con los borg.

Todavía el comportamiento de los borg era completamente inexplicable. Era cierto que si ellos lo hubiesen querido, la Tierra y los planetas principales del cuadrante serían desiertos a esta hora, destrozados por la fuerza de fuego de la armada borg, esperando tranquilamente en el yermo. ¿Pero qué esperaban? Habían formulado de nuevo su deseo de comenzar las deliberaciones por medio de Seven – deseo al cual la Federación había respondido con promesas vagas, para comprar tiempo.

“La vida es una prueba,” Janeway había dicho, “y esta armada misteriosa de borg pone nuestro valor a prueba.” Pero parecía una idea ridícula: que los borg experimentaban con los límites del valor de la gente de la Federación.

Harry Kim suspiró hondamente y se aseguró de nuevo que el rumbo de la Delta Flyer a través del yermo se hiciese sin malas sorpresas.

Vaught parecía evitar sentarse en su sillón, como si temiese su atracción, como si temiese la seducción del reposo, como si no debiera permitirse ni un solo momento de descanso. Seven, entre tanto, lo observaba entre sus parpados cerrados a medias.

A su parecer, él sufría de una manía de control: era incapaz de entregar sus asuntos a otras manos, de confiar en la competencia de sus subordinados. Quizás creía si descansase un solo instante, los objetivos de la sección serían irremediablemente comprometidos. Quizás creía si cerrase los ojos al mundo, éste sería arrancado de su fundación firme y caería en el caos. Pero aunque Seven lo analizaba así, no era cierto que tal era la clave de la personalidad de Vaught, personalidad que para ella se hallaba todavía envuelta en muchos secretos muy oscuros.

Fue un viaje silencioso. A un instante, Vaught se paró en su vaivén incesante y levantó la mano a la cabeza, como si recordase algo. Bruscamente fue a la mochila que había traído. Sacó de ella una caja. La abrió y tomó algunos cubos pequeños de una masa nutritiva satisfaciendo todas las necesidades del cuerpo humano. Se echó los cubos en la boca y los masticó sin apetito. Pero de repente un pensamiento lo fulminó. Detuvo la mano que ya levantaba de nuevo a la boca. Dejó recaer los cubos en la caja y la cerró con un golpe. Se puso al lado de Kim. Sacudió la cabeza, parecía enfadado con sí mismo. Sacó un chip de su chaqueta y dijo: “Debemos examinar estos datos.” Introdujo el chip en el terminal.

Kim frunció el ceño ante las imágenes que llenaron la pantalla. “¿Qué es esto?”

“Es lo que he olvidado hasta ahora,” siseó Vaught entre dientes apretados. “Estoy perdiendo la cabeza.”

Kim lo miró alborotado. ¿Qué demonios este hombre había olvidado?

Sin pedir permiso, Vaught tecleó un largo comando en la consola. Kim se percató que Vaught comparaba las coordenadas del rumbo de la lanzadera con la posición de los objetos que sus datos demostraban. Ahora Kim comprendió la significación de los datos que Vaught había aportado. Y comprendió la necesidad de actuar.

“Tuvok,” prorrumpió, “¡vamos a estallar contra una mina si no cambiamos de trayecto!”

Transfirió los datos a la consola del vulcaniano, quien los estudió concienzudamente. “¿Son ciertos los datos?” Los ojos de Tuvok se fijaron en el rostro de Vaught.

“Tan ciertos como es cierta la noche eterna del universo,” éste repuso.



Tuvok ni siquiera hizo la pregunta cómo era posible que el hombre de la sección se olvidase de una información tan crítica. Rápidamente programó un nuevo rumbo provisorio. No tenían el tiempo para que Kim lo controlase una segunda vez.

Atentamente, miraron las pantallas. La lanzadera, representada como un punto parpadeante, cambió de dirección. Con su rumbo original, habría chocado directamente contra una mina, las coordenadas de la cual Vaught había revelado con su información secreta.

Tuvok pensó en lo que Janeway le había dicho: esos borg sabían que poseían una tecnología de invisibilidad. En consecuencia, habían instalado una red de minas invisibles en derredor del cubo, para captivar el pesco gordo dentro de sus cables explosivos. Y si todo hubiera marchado según lo previsto por los borg, la lanzadera habría estallado en mil pedazos. Pero al último instante Tuvok había desviado su rumbo.

Aun así, era esperar mucho esperar que pudiesen salir indemne de este trance.

La lanzadera no chocó contra la mina, pero rozó sus sensores. Así el mecanismo fue activado. La mina escupió su fuego en la noche del espacio, un breve relámpago delante del horizonte del cubo amenazador de los borg.

La onda de la explosión se derramó contra el costado de la lanzadera. La Delta Flyer tambaleó fuertemente bajo el impacto. Dio la vuelta a sí misma.

Dentro de la pequeña nave todo estaba sumergido en la confusión. Seven y Kim yacían al suelo. Los cabellos de Kim se enrojecieron ligeramente. Una herida se había abierto en su cabeza. Vaught y Tuvok se habían agarrado a tiempo a sus consolas. Con sus músculos y reflejos perfectamente entretenidos, Tuvok logró manejar los controles para estabilizar el vuelo enloquecido de la lanzadera.

Dentro de unos pocos segundos los movimientos erráticos de la nave cesaron. Al equipo le quitó el sentimiento nauseabundo de estar patas arriba. A continuación Tuvok ajustó el trayecto de la lanzadera para guardar la distancia de seguridad con las minas. Al mismo tiempo mantuvo el rumbo hacia el cubo.

Pero ya una nueva amenaza se presentó. Pequeñas naves salieron del cubo y se distribuyeron en el espacio entre las minas.

Así, el acceso al cubo quedaba cerrado también con el rumbo que Tuvok había escogido.

Vaught miró la situación sobre la pantalla. “Es el momento,” dijo, “que aprendo un detalle técnico de este buque. Quiero saber si ustedes han accedido al ruego de la sección. ¿Tenemos un torpedo de manejo estrictamente manual?”

Tuvok comprendió la intención de Vaught en un abrir y cerrar de ojos. “Quiere hacer explotar una mina distante para distraer la atención de los borg de nuestra verdadera posición.”

Vaught asintió con la cabeza.

Tuvok no necesitaba tiempo para reflexionar. “Pongo el control de la nave en sus manos.” Con esto, se abalanzó sobre el cuerpo todavía inmóvil de Kim y sacudió sus hombros.

Primero pestañeó, entonces sus pupilas se aclararon y emitió un gruñido lastimado.

“Kim, ¿cómo se siente?” preguntó Tuvok.

Él gimió. “Como si un gigante me hubiera martilleado la cabeza con golpetazos.”

Tuvok no contuvo una leve sonrisa de alivio. “Veo que al menos su sentido del humor particular está intacto. Déjeme examinar la herida.”

Con mucho cuidado, puso los dedos en los cabellos negros de Kim. El contacto fue demasiado ligero para que el otro lo sintiese. “Al presente no corre ningún peligro,” constató el vulcaniano.

“Bien, bien...” Kim se levantó penosamente. Tuvok lo ayudó con un brazo fuerte.

Después se dirigió al cuerpo de Seven. Pero ella se ponía ya sobre sus pies. Rechazó la ayuda del comandante con su mano extendida y la palma abierta. Tuvok respetó su rechazo e inclinó la

cabeza delante de su explicación: “Está bien, Tuvok. No hay nada.”

“Lanzo el torpedo,” señaló Vaught, completamente concentrado en el panel. Era una tarea muy difícil acercar el torpedo a una mina particular a través de una red estrecha de minas programadas a explotar a la más mínima detección. Vaught había logrado imitar las frecuencias de las minas y les hizo detectar el torpedo como una otra mina, aunque volando. Aun así, fue una maniobra muy exigente dirigir el torpedo sin provocar un contacto.

Kim, quien se había puesto al lado de Vaught, le hizo un cumplido espontáneo: “Es una idea ingeniosa. Me pregunto qué es su profesión original, señor Vaught. ¿Ingeniero?”

Vaught sonrió sin alegría. “Temo haber ejercido más profesiones en mi vida que pueda recordar.”

No dijo nada más, para mantener su concentración en el torpedo camuflado en su trayecto entre las minas. Todos sabían que esto era su única opción para franquearse un camino hasta el cubo. Si la mano tranquila de Vaught le fallase, si el rumbo preciso del torpedo se desviase, el torpedo provocaría una explosión prematura. A continuación las naves de los borg inspeccionarían el lugar. Cuando no hallarían nada, comprenderían el engaño.

La decisión de Vaught por el lugar de la explosión radicaba en un cálculo sumamente intrincado. Si la explosión estuviese demasiado cerca del Delta Flyer, podrían caer en la red de exploración que los borg desplegarían para dar con la causa de la activación de la mina. Pero si la explosión estuviese demasiado lejos de la posición de la lanzadera, las naves en su vecindad no se moverían, pues otras naves más cerca de la irritación la investigarían – de modo que la Delta Flyer no hallaría libre el camino para alcanzar la fortaleza del cubo.

Los ojos de los tripulantes de la Voyager estaban clavados en los dedos de Vaught que volaban con una velocidad inverosímil sobre la consola. Él calculó el rumbo del torpedo cada vez de nuevo, arreglándolo, estrechándolo, cambiándolo. Los otros admiraban la destreza del hombre de la sección. No se apoyaba en los cálculos de programas automáticos, ni siquiera los consultaba.

Seven percibía otra vez en la actitud de Vaught la aspiración al control total. Por cierto, para una maniobra tan complicada, que presentaba un caso singular, el control manual era justificado. Pero cierto era también que así el hombre complacía su manía de control. En un momento tan crítico debía horrorizarle la idea de entregar su suerte a las subrutinas de un programa.

De repente, él alzó la cabeza. “Impacto en cinco segundos,” dijo. Su tensión se revelaba en su voz habiéndose reducido a un hilo.

El tiempo transcurrido, exhaló: “La mina ha explotado.” Inmediatamente después añadió: “Algunas naves borg se desplazan de su sitio.”

Luego cerró los ojos. Los rasgos de su rostro contraído se suavizaron.

La alegría de Kim fue más expresiva. Golpeó con la palma de la mano sobre la consola y profirió un grito jubiloso. Tuvok y Seven, al contrario, no parecían sino más concentrados que antes.

“Todavía el éxito no es cierto,” advirtió Tuvok. Ahora retomó el control de la consola que Vaught le dejó con alivio. Era evidente que estaba ahogado.

Tuvok navegó la lanzadera dentro de un espacio abierto entre dos minas. La pequeña nave borg estacionada allí se había desplazado hacia el lugar de la explosión.

Delta Flyer con las maniobras habituales al cubo.

Un sentimiento extraño se apoderó de Seven. Creó entender una voz llamándola. No la llamó por su nombre humano, sino por su nombre borg. Desconcertada, sacudió violentamente la cabeza.

“¡Seven!” exclamó Kim y apretó los hombros de su compañera.

Pero ella se deshizo de las manos de Kim y dijo: “No es nada. Tuve un escalofrío y un momento de mareo. Ya ha terminado.”

Kim estaba inseguro qué hacer, pero, después de mirarla con el ceño fruncido, le dio un último apretón reconfortante y se retiró de ella.

Vaught, Tuvok y Seven comenzaron a prepararse para la expedición. Vistieron unos trajes especiales, fornidos por la sección, que debían protegerlos mejor contra las armas enemigas. Otra vez no necesitaban los trajes de gravedad cero, pues el nivel de gravedad y la atmósfera estaban adecuados para seres vivientes como los hombres y el vulcaniano.

Se equiparon también con los phasers manipulados por la sección, que cambiaban la frecuencia a cada disparo. No era una medida infalible, pues los borg terminarían con adaptarse al funcionamiento: pronosticarían la nueva frecuencia que los phasers utilizarían y conforme calibrarían sus escudos corporales. Pero indudablemente tales armas serían una ventaja para el equipo en un ataque de sorpresa.

Oyeron un sonido sordo cuando la lanzadera acopló al cubo. Tuvok tocó con la mano el panel al lado de la puerta de salida. Al tiempo que la puerta se abría, la luz verde del cubo borg se esparcía en el interior de la lanzadera.

Era una luz que provocó un sentimiento nauseabundo en Seven. Su estomago se rebeló, sus nervios se crisparon. Pero suprimió la incertidumbre que surgió en ella. Se concentró en el fin al cual aspiraba. Su honra, su voluntad, su misma identidad dependían de tocar con este fin. ¿Existía una manera más convencedora de probar su individualidad humana que de enfrentarse, cara a cara, con una reina borg – y de rechazar la tentación insinuante de su oferta? Se trataba de una hazaña completamente temeraria, quizás insensata. Pero sentía que era necesaria para ella.

Después de haber caído bajo la influencia de los borg, después de haber perdido la consciencia de sí misma durante largos ratos, no podía borrar por completo las dudas acerca de su identidad.

El enfrentamiento con Tuvok la había despertado.

Había despertado de un estado extremadamente confuso que no podía, ni quería recordar. Un solo recuerdo horripilante se había grabado en su mente: el sentimiento de ver desintegrada su individualidad.

Tamaño horror la hacía comprender hasta cuál punto ya había desplegado y cultivado su propia personalidad.

Ahora ese horror la empujó adelante. El horror era su motivación, el horror del pasado y de su pérdida de consciencia, junto con el amor, el amor cada día creciente por su plena humanidad en el presente.

Los pensamientos nerviosos revoloteaban en su espíritu mientras corría con sus dos compañeros a través de los corredores.

Tuvok dirigía la exploración con su tricorder. Seven ocupaba la posición media, Vaught iba atrás.

Las paredes de los pasillos corrían a sus lados como la corriente de un río. Los minutos de esconderse, de esperar y de reanudar la marcha transcurrían tan rápidamente que era difícil creer que jamás habían pasado. El entretenimiento severo, la larga experiencia y la agilidad de los tres compañeros contribuían al éxito de la misión. Les ayudaba mucho que eran solamente un pequeño grupo que se podía desplazar con gran flexibilidad.

Se aproximaban resueltamente a la sala de la computadora central.

Pero el acceso al corazón vulnerable de la armada estaba bloqueado, protegido por una cohorte de soldados borg que dirigían sus muñecos peligrosos a todos lados.

Primero Tuvok y después Vaught lanzaron una mirada furtiva por la esquina. Retrocedieron pensativos.

“No hay otro camino que el camino directo,” refirió Vaught lo evidente. “Debemos apartar este obstáculo con un solo golpe.” Abrió su chaleco. Aparecieron unos grandes bolsillos abultados. Sacó de ellos tres granadas que repartió.

Tuvok tomó la suya y la miró arqueando una ceja.

“Sí,” sonrió Vaught fríamente. “Parece algo desesperado, pero las situaciones desesperadas exigen soluciones desesperadas.”

“No me gusta ver tan sombría nuestra posición,” comentó Seven.

Pero no se declaró contra el plan, tampoco Tuvok.

“Debemos cuidar de no estropear la puerta,” avisó Vaught. “Si el mecanismo queda dañado, tal vez no puedo abrirla.”

Los tres compañeros llenaron sus pulmones con grandes bocanadas de aire. Luego doblaron la esquina del corredor. Apuntaron y lanzaron las granadas.

Al mismo instante que las granadas se desprendieron de las palmas de sus manos, ya las ráfagas de phaser de los borg acometieron contra ellos.

Con presteza se retiraron al corredor. Se pegaron contra la pared. Las granadas estallaron. La explosión fue abrumadora. Una haz de luz los forzó a cerrar los ojos. El chillido de un metal desgarrándose, cien veces decuplicado, hirió sus oídos. Fragmentos metálicos volaron delante de ellos. El ángulo de la esquina los protegía contra la lluvia de los trozos tórridos.

En cuanto las explosiones se apagaron, Vaught exclamó: “¡Ahora!” Y dobló la esquina, haciendo fuego a todas partes. Tuvok y Seven lo siguieron de inmediato.

Las granadas les habían ganado un gran momento de sorpresa, pero la resistencia de los borg todavía no era quebrantado por completo. Algunos rayos de phaser los saludaron al salir de su escondite. Esquivaron el ataque y contraatacaron renovadas veces.

Vaught alcanzó la puerta y ya se aferró al panel, olvidándose de todo su entorno, abismándose en los cálculos. Pulsó los botones con dedos tan rápidos como si solamente ejecutase un programa de rutina. Tuvok y Seven lo protegían contra los drones que se habían mantenido sobre sus pies a pesar de las explosiones. Los dos oficiales de la Voyager aplastaron su resistencia, pero, cuando solo unos pocos quedaron a hacer fuego, la inteligencia de los borg se adaptó al mecanismo de las armas de la sección. Los borg habían descifrado el ritmo de los cambios de frecuencia.

Rápidamente Tuvok sacó dos piezas metálicas de los escombros en su derredor. Estaban cubiertas de cenizas, pero el material ya había perdido su calentura extrema. Las giró en el aire para comprobar su utilidad como garrotes. En seguida lanzó una de las piezas a Seven. Bajo los rayos que estallaron en el espacio alrededor de la puerta, los dos oficiales se echaron sobre los borg. Repartieron golpes a todos lados. Los garrotes improvisados silbaron en el aire cargado con la electricidad de las armas borg. Los dos lograron tener la situación bajo control, pero no era más que una cuestión de tiempo antes que acudiese el refuerzo de los borg.

Pero aún Vaught no había terminado con la puerta. A pesar del retraso, no mostraba ningún signo de impaciencia. Sus manos cubrían el panel con pequeños gestos intrincados que evocaban el tocar de un instrumento de música. Movía la cabeza de una manera rítmica, como si recordase una melodía.

En el silencio que brevemente envolvía el corredor, los pasos innombrables de botas pesadas hicieron irrupción como el estallido de una bomba.

“Ya es tarde, Vaught”, comentó Tuvok, saliendo de su impasibilidad habitual.

Pero Vaught no parecía escucharlo. No estaba atento sino al desarrollo de su melodía íntima. Mientras tanto, la tormenta de los estampidos de las botas arreciaba.

Cuando la tormenta se abatió sobre los tres combatientes, la materia misma parecía desgarrarse. La inundación de energía que se derramó sobre ellos les cortó casi el aliento. Los rayos de los borg se entrecruzaron, se doblaron, quemaron las paredes, el techo, el suelo del corredor. Fue como si el aire mismo se hubiese incendiado y ardiese con llamas asfixiantes. Todo se confundió en la quemazón de relámpagos cegadores.

Pero bajo los primeros estruendos de la tormenta, Vaught logró la maravilla de acabar con sus series de manipulaciones. La compuerta se abrió. Él y Tuvok saltaron adentro, antes de que los rayos los calcificasen. Adentro Vaught golpeó con la mano contra el panel, para que la puerta se cerrase. Los truenos y rayos se aplastaron contra el metal reforzado de la sala central.

Mas apenas salido del apuro, los compañeros no hallaron un solo segundo de reposo. Tuvok comenzó a acometer con el combate a mano los drones técnicos que mantenían la computadora central. Mientras tanto, Vaught buscaba una consola adecuada para introducir el código virus.

Pero, de pronto, se detuvo. Miró en torno suyo. Casi espantado, murmuró: “¡Seven!”

Tuvok y Vaught desaparecieron en la sala, salvando su vida al último momento. Pero cuando ellos se dejaron caer atrás, Seven, al contrario, saltó a la derecha, hacia un otro corredor.

Parecía un acto suicidario, pero la intuición de Seven era demasiado fuerte para engañarse sobre el objetivo de los drones. Apenas la persiguieron unos rayos errantes. El fuego quedaba concentrado en sus compañeros. Así, Seven consiguió alejarse de la puerta. Desembocó en un otro pasadizo. Arrancó su insignia comunicadora de su chaleco y estorbó su funcionamiento con unas pocas maniobras. Ahora Kim no podía localizarla más.

La tormenta rabiaba detrás de sus espaldas, pero ella se encaminó hacia una destinación aún más peligrosa.

## 5

Esta vez, Chakotay asumió su antiguo puesto al lado de la silla de comando. Se había decidido de dejar el comando de la misión a Kathryn, después de los ruegos e insistencias de ésta. Chakotay no se arrepentía de haber entregado la responsabilidad del capitán a otras manos, sobre todo considerando que quizás sería necesario proceder a una tentativa de rescate. Nunca le había turbado tanto ver Seven en peligro, porque ahora no era sólo su vida que estaba amenazada, sino su identidad, su espíritu, todo lo que ella representaba como una persona. Chakotay no tenía sino un presentimiento de esto, pero era tan fuerte que no podía dudar de su veracidad.

Su cara grave miraba el cubo majestuoso representado en la pantalla. Él estaba muy impaciente, porque preveía que el momento de tomar rumbo por el cubo vendría más pronto que previsto.

Ahora Seven pertenecía al doctor y él, Chakotay, pertenecía a Kathryn. Pero aun así, nunca había olvidado un solo de los momentos del poco tiempo que habían pasado juntos.

Los dedos de Chakotay se clavaron en los brazos de su sillón.

Kathryn entró desde el despacho del capitán y se puso al lado de su primer oficial y amante. “No te inquietes tanto,” susurró a su oído. No obstante sus palabras reconfortantes, ella misma parecía desasosegada. Sus cabellos estaban en desorden y las ojeras se demarcaban en su rostro. Esta noche no habían pasado juntos, sin embargo, ella no aparentaba haber aprovechado del sueño.

Chakotay apenas reaccionó y miró de nuevo la inmensa pantalla de enfrente, sobre la cual el cubo amenazador se dibujaba con muchos detalles desalentadores. La red de dardos borg alrededor del cubo parecía impenetrable.



Kathryn se inclinó otra vez al oído de su antiguo segundo. “Vaught es un demonio y conoce mil diabluras. Todavía no sé si puedo confiar en esos hombres, pero él parece no tener más empeño que llevar esta misión a cabo. Debo reconocer que, si alguien puede lograrlo, es él.”

Esta vez, Chakotay asintió con un leve movimiento de la cabeza. “Pero a un momento alguno, Kathryn, Seven estará sola. Puedo sentirlo. Lo he visto en su mirada cuando se embarcó en la Delta Flyer. Busca la confrontación con las tinieblas de su pasado. Es como el impulso de un adicto: es más fuerte que ella.”

Kathryn abrió la boca para responder cuando se detuvo de repente: había sorprendido un estallido dentro de la red de dardos y minas que circundaban el cubo.

Chakotay se hizo fuerza para no saltar del sillón. “¿Qué es esto?”

“Vaught ha comenzado,” repuso Kathryn

Él escrutó su rostro, dudando “¿Sabes más que yo?”

Ella dijo simplemente: “Justo antes de partir Vaught ha pedido una breve entrevista, en la cual me ha expuesto su plan.”

“¿Y qué es el plan?” inquirió Chakotay, algo irritado.

“Acabas de verlo. Él ha previsto que la red de defensa sería demasiado estrecha para deslizarse a través de un hueco. Por consiguiente, él mismo ha hecho el hueco.”

Chakotay se calmó algo. Vio como los dardos de los borg rompieron su formación inicial. Quitaron su lugar asignado para acudir al lugar de la explosión, sospechando que un enemigo buscaba a infiltrarse en el pequeño espacio que el estallido de la bomba había dejado atrás.

“Comprendo,” murmuró Chakotay. “Con la formación rota, la Delta Flyer puede deslizarse por un sitio que un dardo acaba de abandonar. Vaught se ha servido de un misil invisible.”

“Así es,” replicó Janeway. “Supongo que ha imitado la frecuencia de las minas para que el misil no se detecte.”

Chakotay le devolvió una mirada preocupada. “Reflexionando sobre las ventajas técnicas de la sección, me pongo la pregunta quién es quien tiene el control real de la Federación, el Alto Mando o esta sección misteriosa. Ahora está de nuestro lado, ¿pero qué advendrá si se convierte, algún día, en nuestro adversario?”

A tal pregunta Janeway no quiso ni pudo responder. Se fijó en la imagen de los dardos que examinaban con vuelos cautelosos el lugar de la explosión, pero que no podían hallar nada de sospechoso, nada que hubiera delatado la presencia de un enemigo. Por algún tiempo, continuaron a circular alrededor del sitio del impacto, pero después retornaron a su posición inicial. Para Kathryn estaba claro que Vaught había cumplido con su plan y que la Delta Flyer ya se acercaba al cubo.

“Ahora podemos solamente esperar,” subrayó. En seguida, se puso en sus pies para informar la tripulación del puente de la situación actual de la pequeña expedición. Era toda la información que necesitaban. Por lo demás, habían quedado con Kim que se pondría en contacto con ellos en el caso límite que ocurriese algo que reclamase la intervención de la Voyager.

Janeway y Chakotay esperaban y temían este mensaje de Kim. Los minutos transcurrían lentamente. El tiempo mismo parecía aglutinarse delante de sus ojos, transformándose en una substancia física, viscosa, en la cual se podían dejar huellas impregnándola con los dedos.

Sobre todo era Chakotay quien estaba afligido por el aguantar forzoso. Muchas veces no podía contenerse más sobre su sillón y saltaba en sus pies, atravesando el puente con zancadas, las facciones del rostro heladas. Miraba por encima de los hombros de Raul Ebrun, de Tom Paris y del sustituto de Kim, pero no controlaba nada, no veía nada. Veía solamente la cara de Seven palpar en las consolas parpadeantes de señales. Cada vez que regresaba a su sillón, Janeway trataba de tranquilizarlo con una mirada profunda que reconocía su pena. Así se pasaba el tiempo con una lentitud que hacía despertar una comezón en la piel.

Pero ya una breve luz de esperanza empezaba a brotar en el corazón de Chakotay. Tal vez Kim,



después de todo, no intentaría ponerse en contacto con la Voyager. Tal vez, una vez acabada la misión, la lanzadera retomaría el camino hacia la Voyager, con Seven y los otros indemnes. Tal vez sería el fin de esta pesadilla.

Sin embargo, la señal convenida resonó. Chakotay se estremeció. Casi por instinto, buscó los ojos de Kathryn. En su rostro se reflejaba la lástima, pero, más aún, una decisión inquebrantable. Se levantó de su sillón.

“Es la tercera señal de las acordadas,” precisó el oficial de comunicación, maquinalmente, pero fue una información superflua. La tripulación sobre el puente había reconocido la llamada de socorro.

“Nunca habíamos pensado en poder combatir el cubo madre,” subrayó Janeway lo evidente. “Lo único que podemos hacer es distraer a los borg de lo que sucede en el interior del cubo. ¿Si acaso es posible distraer a los borg!” Kathryn casi escupió el nombre de la raza. “Quién puede medirse con los que no tienen alma!”

Chakotay estaba pálido. “Es una locura.” Juzgó la situación con la imparcialidad que mandaba su posición. Pero sin intervalo prosiguió: “Es preferible cometer la locura a quedarse las manos cruzadas cuando unos tripulantes de la Voyager están en peligro.”

Nadie de los demás tripulantes lo respondió, pero en todos las caras se leía la misma determinación. No era la importancia de Seven, de Tuvok o de Kim que hacía imposible la idea de abandonarlos a su suerte; era el código de honor de la Voyager que, cuando venía el tiempo de salvar a unos miembros de la tripulación, se descartaban los cálculos razonables. Una sola vida valía la vida de todos. Era un código que nunca había sido escrito, pero que la actitud de Janeway a través de los años había establecido y afirmado. Y los tripulantes lo habían aceptado, muchas veces con reticencias, pero finalmente con convicción. Porque en su vida aventurera sobre la Voyager, cada uno podría hallarse de un instante al otro en la misma posición del abandono completo, necesitando el rescate.

“Vamos a ver,” silbó Janeway entre dientes. “Tom, todo derecho al cubo. Maniobras de desvío habituales. Todo el fuego sobre las minas antes de emprender la lucha con los dardos. No quiero que nos mostremos demasiado agresivos. Deben comprender que los atacamos porque tienen prisioneros a nuestros tripulantes, y por ninguna otra razón.”

“No creo que los borg han aprendido algo de etiqueta desde nuestro última contacto,” interpuso Chakotay.

Tom Paris lanzó la Voyager a una carrera loca que hacía saltar la nave en el espacio con vueltas y más vueltas nauseabundas. De esto el equipo no sentía nada en el interior de la nave, pero sí se hacía ver sobre la gran pantalla, cuya imagen tornaba con frenesí. El cubo, el campo de minas, los dardos que comenzaban a descargar un fuego tentativo, todo remolinaba y cabriolaba. Pero Janeway tenía los ojos fijos en la pantalla sin perder la orientación. Para esta lucha había escogido esta perspectiva más realista del avance de su nave dentro del centro de la batalla.

Y la Voyager, en comparación no más que un estrecho rayo de plata, volaba para chocarse con un cubo de dimensiones titánicas.

“Creo que son acertadas las especulaciones de la sección acerca de la índole de esos borg,” explicó Kathryn a Chakotay.

“¿Entonces crees también en la reina borg del corazón humano?” contestó Chakotay en un tono escéptico. Pero al mismo tiempo sus mejillas se sonrojaron: el signo de una esperanza en ciernes, a pesar de todo.

Mientras tanto, ligeras sacudidas comenzaban a recorrer el suelo del puente. Pero los dardos no atacaban sino con cuidado, como si temiesen infligir un daño irreparable.

“¡Fíjate en su modo de ataque!” exclamó Janeway. “No hacen más que amenazarnos, avisarnos de no precipitar las cosas.”

Una incredulidad involuntaria se pintó en la cara de Chakotay. No podía negar que el modo de ataque de los borg era algo raro y muy mal adaptado a una política de destrucción. “Ojalá que tengas razón. Pero también es posible que quieran conservarnos para incrementar su colección humana.”

A modo de respuesta, Kathryn meneó la cabeza.

La Voyager seguía luchando para abrir una brecha dentro del círculo estrecho de los dardos. La nave partía el terciopelo eterno del universo tal una flecha fulgurante.